



EL PAISAJE CULTURAL MARÍTIMO DE CABO DE PALOS Y SU ENTORNO

David Munuera Navarro
María del Mar Celdrán Sancho

Autores /
David Munuera Navarro
María del Mar Celdrán Sancho

Edita /
Asociación Marchamalo

Diseño y maquetación /
Creativa Comunicación

Impresión /
QDH Impresores

I.S.B.N./
978-84-09-07029-9

Depósito Legal /
MU 1514-2018

Esta publicación está financiada por GALPEMUR, Grupo de Acción Local de Pesca y Acuicultura de la Región de Murcia, entidad sin ánimo de lucro colaboradora con la Consejería de Agua, Agricultura, Ganadería y Pesca para la gestión de la prioridad 4 del FEMP en la implantación de su Estrategia de Desarrollo Local Participativa. Los porcentajes de financiación son del 85% Fondo Europeo marítimo y de la Pesca y 15% Región de Murcia.

Reservados todos los derechos. De acuerdo con la legislación vigente, y bajo las sanciones en ella previstas. Queda totalmente prohibida la reproducción y/o transmisión parcial o total de este libro por procedimientos mecánicos o electrónicos, incluyendo fotocopia, grabación magnética, óptica o cualesquiera otros procedimientos que la técnica permita o pueda permitir en el futuro sin la expresa autorización por escrito de los propietarios del copyright.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	pág. 01
I LA PESCA COMO ACTIVIDAD VERTEBRADORA DEL PAISAJE	pág. 04
Cabo de Palos	pág. 10
El Mar Menor	pág. 14
II EL PATRIMONIO NÁUTICO	pág. 19
La vela latina	pág. 20
III LAS INDUSTRIAS EXTRACTIVAS	pág. 27
Las salinas	pág. 28
La minería	pág. 36
IV DE LA AGRICULTURA DE SECANO AL REGADÍO CONTEMPORÁNEO	pág. 47
V EL PATRIMONIO PALEONTOLÓGICO Y ARQUEOLÓGICO	pág. 57
Cueva Victoria	pág. 58
Asentamientos prehistóricos y de la Antigüedad	pág. 60
El Patrimonio Cultural Subacuático	pág. 64
El monasterio y las ermitas de San Ginés de la Jara	pág. 66
Fortificaciones y baterías costeras	pág. 68
El faro de Cabo Palos y el de la Hormiga	pág. 70
VI EL TURISMO Y SU HUELLA ARQUITECTÓNICA	pág. 73
Los orígenes urbanos de La Manga	pág. 74
La modernidad en la costa	pág. 78
VII LOS ESPACIOS NATURALES	pág. 87
El Mar Menor. Las Amoladeras y las Salinas de Marchamalo	pág. 88
Parque Natural de Calblanque, Monte de las Cenizas y Peña del Águila	pág. 94
Reserva Marina de Cabo de Palos e Islas Hormigas	pág. 96

introducción

El Cabo de Palos se sitúa actualmente en la Diputación Rural del Rincón de San Ginés, demarcación del término municipal de Cartagena, en la Región de Murcia. En las orillas del sureste de la Península Ibérica, se adentra hacia las aguas del Mediterráneo Occidental. Es un accidente geográfico cuya singularidad e importancia marca profundamente un espacio, tanto terrestre como marítimo, difícil de delimitar. A lo largo de la Historia, la interacción del Ser Humano en torno a este característico promontorio, que se adentra en un mar único, ha formado sin duda uno de los paisajes culturales más particulares del Mediterráneo.

El faro que se yergue en el extremo de este cabo ilumina con su linterna una extensa área marítima y terrestre. Este es el elemento que delimita, a grandes rasgos, el Mar Menor, el área Mediterránea adyacente (con las Islas Hormigas y la Grosa y el Farallón), y, a poniente, el Rincón de San Ginés. Este es el Paisaje Cultural de Cabo de Palos y su entorno. Es la expresión que mejor define el devenir humano en este espacio, cómo se influyen mutuamente, cómo se transforman, cómo se materializa y evidencia el devenir histórico.

Se ha documentado que pudo haber existido navegación entre las costas mediterráneas ya en el siglo XI a. de C., lo que nos demuestra que el Hombre sabía navegar antes, incluso, de que apareciesen los primeros cultivos. La cercanía al mar permitió al hombre prehistórico el acceso a recursos ilimitados. La pesca le reportó alimentación variada y en abundancia. Pero también le permitió el contacto con

EL PAISAJE CULTURAL MARÍTIMO

otros pueblos. Sin el mar, por tanto, no se puede explicar el hábitat pasado, ni el presente ni el futuro.

La existencia de remotos yacimientos arqueológicos en la zona, como el de Cueva Victoria, corrobora precisamente lo atractivo de la zona para los primeros hombres. Pero si un hecho se distingue como trascendental en la relación del Ser Humano con este segmento de litoral hasta el siglo XX es, sin duda la despoblación.

El colapso del imperio romano en torno al siglo V da paso a un periodo histórico en el cual el litoral del sureste peninsular queda caracterizado como espacio de frontera. Un territorio marítimo de pugna entre potencias e inseguridad, poco atractivo al poblamiento. Los asentamientos estables prácticamente desaparecen, a excepción de enclaves urbanos caracterizados por sus murallas. La ganadería se convierte en la principal actividad económica de los grandes espacios rurales, pues permite cobijar a los animales tras la seguridad de las murallas en momentos de peligro. Cuando este va desapareciendo paulatinamente, en torno al siglo XVIII, comienzan a aparecer tímidamente pequeños enclaves rurales, a explotarse secanos abandonados mucho tiempo atrás, a regar pequeñas huertas en torno a conocidas fuentes. Pero ni la actividad minera de finales del XIX tendrá una repercusión notable en el entorno de Cabo de Palos. Sin embargo, sí que comienza a transformar físicamente el paisaje, con la apertura de explotaciones metalúrgicas. Es en estas décadas cuando comienzan a establecerse unas pocas familias dedicadas a

la pesca, a tareas agropecuarias casi de subsistencia, o a modernas actividades surgidas gracias a los avances de la época, como al mantenimiento de las señales marítimas o al trabajo en la telegrafía. Más andado el siglo siguiente, las explotaciones salineras vendrán a complementar de forma notable el mantenimiento de una población estable.

El reinicio de la minería a mediados del siglo XX comienza a cambiar el paisaje para siempre. Son los años de la apertura de las grandes canteras, los enormes lavaderos, la introducción de la moderna maquinaria y los modernos sistemas de explotación. Y los vertidos incontrolados.

Pero es sin duda el “boom” turístico iniciado en la segunda mitad del siglo XX el que viene a repoblar el territorio costero. Y, con ello, una feroz expansión inmobiliaria, en muchos casos carente de control y planificación. Esto sucede a la orilla del mar. En los campos inmediatamente adyacentes, la agricultura industrial transforma por completo el campo a comienzos del siglo XXI. Las enormes extensiones de regadío desplazan al seco tradicional, en un lugar, paradójicamente, caracterizado por la extrema escasez de recursos hídricos.

DE CABO DE PALOS Y SU ENTORNO

LA PESCA COMO ACTIVIDAD VERTEBRADORA DEL PAISAJE

La pesca constituye sin duda la actividad económica más antigua de la zona. Los yacimientos arqueológicos de la Cueva de los Mejillones (Los Belones) o los abrigos de Los Déntoles (Calblanque), demuestran la importancia de los recursos marítimos para los grupos humanos que durante el Paleolítico Superior (entre los 35.000 y los 10.000 años a. de C.) habitan la zona. En época romana alcanzaron gran desarrollo las factorías de conservas de pescado. El garum producido en el sureste de Hispania alcanzó fama en todo el Imperio.

Además, la existencia de grandes espacios lagunares en la zona facilita enormemente la pesca, pues evita así la complejidad de la fabricación de embarcaciones de gran porte y en gran medida las peligrosas tormentas.

Cabo de Palos

Como núcleo urbano estable, Cabo de Palos cobra forma muy tardíamente. A mediados del siglo XIX unas pocas familias asentadas en el pueblo viven de las actividades pesqueras. Cuando la localidad se consolida progresivamente como punto de veraneo de las familias pudientes de Cartagena o de Murcia, la figura del pescador adquiere relevancia en el imaginario del lugar. Se trata en realidad de una asimilación un tanto folclórica del burgués veraneante con el marinero. Esta es especialmente visible en las fiestas más señaladas, como la de la Virgen del Mar (15 de agosto) o, más tardíamente, durante la Semana Santa.

Hasta mediados del siglo XX, las actividades pesqueras se centran en la zona de La Barra, donde se desembarca el pescado y donde se fondean los tradicionales laúdes con su aparejo latino. A partir de entonces comienzan las obras de construcción de una dársena interior en lo que hasta entonces se conoce como El Raso (o Los Rasos). Actualmente, las actividades piscícolas se concentran en el muelle de levante. Son precisamente las mismas zonas en las que, de al-

guna manera, constituyen el polo de atracción del turismo náutico y pesquero de la zona: los clubes de buceo, donde se busca la exploración de la naturaleza subacuática, y los restaurantes, que ofrecen precisamente la gastronomía cuya base de elaboración proviene de los fondos marinos. Y todo ello con unas magníficas vistas al mar, horas de sol y un clima por lo general agradable.

El Mar Menor

La gran laguna salada constituye, desde los tiempos más remotos, un excepcional espacio de pesca. Del Mediterráneo la separa una estrecha manga arenosa de unos 22 kilómetros. Antes de los ensanches y dragados de las golas en la segunda mitad del siglo XX, la fauna del Mar Menor presenta, por su confinamiento, unas características especiales dada su elevada salinidad. El resguardo al mar abierto y su poca profundidad, convierte al Mar Menor en un punto donde la obtención de recursos pesqueros de calidad y en abundancia es realmente asequible. Así, no es de extrañar que las actividades acuícolas en la llamada Cubeta Sur marmenorense haya que remontarlas a la Prehistoria. Sin embargo, la huella que hoy podemos observar resulta mucho más moderna. La localidad de Los Nietos precisamente representa esa confluencia entre pesca y turismo que se da en la zona a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

No obstante, existen otros puntos, en parte destruidos por la actividad inmobiliaria, en los que aún es posible contemplar la convivencia de ambas actividades, y cómo estas han transformado el territorio, al principio adaptado al medio y, finalmente, aniquilado. Tal es el caso de El Vivero, una pequeña bahía en la zona de Marchamalo que funciona como rudimentaria piscifactoría especialmente de mújol. El frenesí inmobiliario de finales del siglo XX destruye este lugar único. No obstante, aún podemos ver vestigios de actividades pesqueras en la zona, ante el llamado Muelle de los Celdrán, quienes continúan conservando un pequeño refugio para los pescadores.

Cabo de Palos



A pesar de la diversificación producida por el turismo, Cabo de Palos es el pueblo pesquero más característico de la costa cartagenera.



Pescadores y embarcaciones recreativas conviven desde hace décadas en la dársena de Cabo de Palos.



Todos los veranos se celebra en Cabo de Palos, como en otros tantos lugares costeros, la llamada Virgen de Agosto, el 15 del mismo mes. La imagen se embarca en un pesquero que realiza un pequeño paseo por las aguas más cercanas.



El Mar Menor

Los temporales en el Mar Menor son, obviamente, menos acusados que en el Mediterráneo. De ahí que desde antiguo fuese un excelente núcleo pesquero.



Los Nietos constituyó el pequeño enclave pesquero sobre el que se asentarían las segundas residencias de los veraneantes en las primeras décadas del siglo XX. El club náutico vendría ya en las finales.



Las cercanías del desaparecido Vivero, en el extremo sur del Mar Menor, aún conservan ese aire de sitio pesquero. Es hoy uno de los pocos lugares que pervive en la zona como base de las pequeñas embarcaciones dedicadas a tender las redes.



Son realmente escasas las infraestructuras portuarias existentes en el tercio meridional del Mar Menor, si exceptuamos los clubes náuticos de clara vocación turística. En el Vivero sobrevive aún un antiguo espigón que es utilizado por los pescadores de la zona.



La, en realidad, relativa importancia de la pesca en la zona y, sobre todo, la cercanía de importantes núcleos marítimos en las cercanías (como Cartagena, al sur, y Alicante, al norte), se traduce en la discontinuidad de la tradición de carpintería de ribera en las costas cabopaleras y de la zona sur del Mar Menor. No obstante, se tiene constancia de la presencia de algunos constructores que desaparecen conforme finaliza el siglo XX. Igual proceso llevará la fabricación artesanal de artes de pesca, jarcia, y otros productos relacionados.

Dos actividades económicas dan como resultado dos embarcaciones características en el paisaje costero del lugar. La salida de la sal por el puerto de Cabo de Palos hace que nos encontremos con las gabarras salineras que se varan, hasta el último tercio del siglo XX, en el antiguo Salero; eran las llamadas “negras” por su característico color de madera embreada. El otro barco es el de pesca tradicional, propulsado por la vela latina.

La vela latina

Si existe un artefacto singular que surca aún los mares de la zona, y que caracteriza profundamente su paisaje marítimo, por su valor histórico, tecnológico y etnográfico, es, sin duda, la embarcación de vela latina. De origen incierto, su característica forma triangular permite las navegaciones de ceñida en un mar con vientos inconstantes. Han constituido sin duda el elemento imprescindible para los pescadores del Mar Menor desde que se establecen en sus costas. A partir de la segunda mitad del siglo XX, los laúdes pesqueros y otros latinos de menor porte van siendo motorizados. Pero la modernización acaba por sustituir toda la embarcación. Algunos de los que escapan a esta transformación son adquiridos por los aficionados para el ocio veraniego, y es cuando comienzan a celebrarse las regatas que han llegado a nuestros días. Competiciones que, gracias al apoyo entusiasta de los clubes náuticos de la zona, han despertado una afición y un cuidado por la conservación de este patrimonio marítimo único.

La vela latina



Durante la época estival los clubes de regatas organizan regatas y competiciones de vela latina en las costas cartageneras y mar-menorenses, por lo que es frecuente ver sus características velas triangulares durante algunos fines de semana veraniegos. (Fotografía: Alejandra Celdrán.)



La actividad náutica relacionada con el mantenimiento de los pesqueros o de las artes de pesca aún es notable en el puerto de Cabo de Palos.



Tras constituir la columna vertebral de la flota pesquera de bajura posiblemente durante siglos, la vela latina es hoy un divertimento de muchos y un verdadero atractivo para todos.

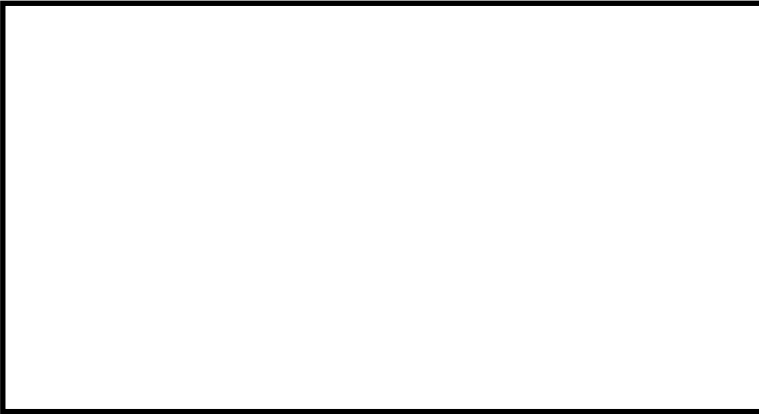


El Illeta es un antiguo laúd de pesca que fue motorizado a mediados del siglo XX. Gracias a su conservación y rehabilitación, es posible contemplarlo frecuentemente en las regatas de latinos organizadas por los clubes náuticos de la zona.



Los latinos pequeños, los llamados 21 palmos, son los protagonistas más numerosos de las regatas de este tipo de vela tradicional en el entorno del Mar Menor. (Fotografía: Alejandra Celdrán.)





La pesca constituye el más antiguo motor económico de la zona. Pero es la extracción de recursos minerales la que verdaderamente ha terminado por transformar profundamente el paisaje de la zona. Por un lado la sal (vulgarmente, una “roca comestible”) y por otro los metales.

La sal ha tenido una importancia muy relevante en la historia de la humanidad. No sólo permite enriquecer el sabor de los alimentos, sino, lo que es más importante, permite su conservación durante largos periodos de tiempo. Así, su extracción en el litoral marmenorense hubo de ser muy remoto, pues precisamente la existencia de espacios lagunares facilita la rápida evaporación del agua de mar y, por consiguiente, la aparición de sal. Y, además, permitía la conservación del pescado.

Por otro lado, la búsqueda de los metales por parte de civilizaciones avanzadas, como los fenicios, llevaron a la explotación de las minas de la Sierra de Cartagena desde tiempos muy antiguos. Sabemos, por ejemplo, que el pecio fenicio hallado en el Bajo de la Campana, ante la isla Grosa, transporta en el siglo VII a. de C. galena argentífera posiblemente cargada en las inmediaciones de Los Nietos. Es muy conocida también la importancia de esta actividad durante época romana pero, sin embargo, es la Revolución Industrial la que va a provocar un verdadero cambio en el paisaje natural y cultural de la zona.

Las salinas

La propia configuración geográfica del Mar Menor y de la costa oriental de Cartagena permite que sus orillas se dispongan como un lugar ideal para la producción de sal, más aún en un Mediterráneo cuyas mareas no permiten un notable flujo y reflujo de agua. Sin duda explotadas en época romana y antes, la importancia de la actividad aún se ve reflejada al norte de La Manga, en las Salinas de San Pedro del Pinatar, las únicas que aún continúan en producción en la costa de la Región de Murcia, supervivientes de una competitividad



LAS INDUSTRIAS EXTRACTIVAS

mercantil cada vez más feroz. En otros lugares, en la actualidad, las balsas de las antiguas y abandonadas explotaciones constituyen un humedal de importancia absolutamente excepcional para la biodiversidad y para la conservación del patrimonio cultural y natural de nuestra costa.

Las salinas del Rasal, en el Parque Natural de Calblanque, son actualmente un soporte imprescindible para la riqueza faunística del entorno. En Cabo de Palos, las salinas de Marchamalo se extienden como un oasis de vida salvaje en un desierto de hormigón y asfalto. Sus instalaciones, excelente ejemplo de la arquitectura industrial del siglo XX, se encuentran desgraciadamente en grave peligro de desaparición. Más al oeste, las antiguas salinas de San Ginés, en Lo Poyo, a pesar de tener sus charcas ya desecadas, han configurado un saladar cuya conservación es imprescindible para salvar un excepcional ejemplo de la biodiversidad a orillas del Mar Menor.

La minería

Es de antiguo conocida la riqueza mineral de la Sierra de Cartagena. Pero es sin duda la cercanía al mar lo que provoca su rápida puesta en explotación. Yacimientos arqueológicos como el del barco fenicio del Bajo de la Campana o, más tardío, el del poblado ibérico de la Loma del Escorial (Los Nietos), demuestran la remota llegada de navegantes desde el confín del Mediterráneo a estas costas en busca de los metales.

Pero la explotación de las vetas a gran escala llega con los romanos, fundamentalmente en época republicana (siglos II-I a. de C.). El plomo cartagenero sale de forma masiva y en grandes buques mercantes desde los puertos y fondeaderos del sureste hispánico.

El devenir histórico paraliza la extracción a gran escala de mineral hasta la segunda mitad del siglo XIX. Es entonces cuando se produce

un “boom” económico que repercute en toda la zona. Los campos costeros, que apenas venían poblándose desde el siglo XVIII, ven ahora cómo surgen nuevos enclaves urbanos al fragor de la minería.

Tras unas décadas de ralentización, a mediados del siglo XX nuevamente se reactivan las minas del litoral. Pero el nuevo tipo de extracción es masivo y a cielo abierto, lo que produce una brutal transformación del paisaje, tanto por la aparición de gigantescas canteras como por la producción de enormes cantidades de residuos, que son arrojados sin control tanto en tierra como en mar. La colmatación de la bahía de Portmán por los estériles mineros, gravemente contaminados, es el ejemplo más conocido del modelo industrial de la época.

Las salinas



La Salinera Catalana vivió sus momentos de esplendor con la producción de sal en Marchamalo, Cabo de Palos, durante el siglo XX. Algunas de sus instalaciones constituyen bien cultural que necesariamente hay que conservar, como el edificio de oficinas, construido hacia los años 30 por el arquitecto Lorenzo Ros.



Las salinas del Rasal, en el Parque Regional de Calblanque, constituyen actualmente un valioso humedal. Hoy no existe producción de sal, pero concentran una biodiversidad única.



Al no existir mareas de consideración, las balsas de las antiguas salinas se llenan por medio de bombas. Son el hogar del fartet, un pez endémico que se alimenta de las larvas de los mosquitos, por lo que contribuye a evitar su proliferación.



Otra de las edificaciones singulares de las Salinas de Marchamalo es el molino de moler sal. A pesar de estar catalogado como Bien de Interés Cultural, su estado de conservación es de absoluto abandono y ruina.



La pervivencia de topónimos referentes a las actividades salineras en Cabo de Palos deja entrever la importancia que tuvo esta para el lugar. Nombres como calle Salero, los Saleros, Muro de la Sal, o punta del Salero (en la imagen) aún recuerdan el embarque del producto en la zona.



En la costa inmediata al monasterio de San Ginés, en el Mar Menor, existió como en otros lugares, un área lacustre. El sitio fue aprovechado para instalar balsas salineras: las de Lo Poyo. Abandonadas, desecadas, y descuidadas por años, hoy constituyen un hermoso saladar con varias figuras de protección.



En el paraje de Lo Poyo podemos contemplar, también gracias a replantaciones llevadas a cabo por asociaciones ecologistas, un excelente ejemplo de flora adaptada a suelos salinos, como plantas barrilleras, esparraguera del Mar Menor, zanahoria marina, tarais, etc.



Las minería



Sin duda el mayor ejemplo de contaminación minera que existe en la zona es la colmatación de la bahía de Portmán por los vertidos incontrolados de estériles al mar. Hasta 1990 se arrojaron millones de toneladas, en lo que constituye el mayor desastre medioambiental del Mediterráneo.



La mina las Matildes, en la Diputación del Beal, inició su actividad a mediados del siglo XIX sobre una veta de plomo. Por la poca rentabilidad, fue reconvertida a comienzos del XX para la extracción de agua. Abandonada durante décadas, felizmente ha sido recuperada como Centro de Interpretación.



La mina Blanca o mina San Quintín, muy cercana a las Matildes, también desarrolló actividades parecidas. Fue convertida en una mina extractora de agua para que las galerías de las minas cercanas no quedasen inundadas por los niveles freáticos.



La minería que se reactivó en la sierra a mediados del siglo XX ya no utilizaba las galerías para la extracción de mineral. La nueva maquinaria permitía las explotaciones a cielo abierto, más rentables y menos peligrosas.



Una de las transformaciones del paisaje más evidentes que produjo la minería fueron provocadas por sus desechos. Los residuos mineros, altamente contaminados, aparecen por doquier en toda la Sierra Minera.



Sin duda el mayor ejemplo de contaminación minera que existe en la zona es la colmatación de la bahía de Portmán por los vertidos incontrolados de estériles al mar. Hasta 1990 se arrojaron millones de toneladas, en lo que constituye el mayor desastre medioambiental del Mediterráneo.



La Casa Rubio, en El Algar, constituye un excelente ejemplo de la arquitectura urbana que resultó del enriquecimiento de determinadas familias durante el auge minero de la segunda mitad del siglo XIX.



La bonanza económica que produjo la minería a comienzos del siglo XX también repercutió en las actividades culturales y lúdicas. El Teatro Circo Apolo, en El Algar, en la actualidad rehabilitado y en funcionamiento, es una magnífica muestra.



Como consecuencia de las condiciones laborales de los mineros, a comienzos del siglo XX existían numerosas asociaciones sindicales en la zona. Una de ellas, la Sociedad Nueva España (luego integrada en la UGT), inauguró su sede social, que incluía una escuela, en el Llano del Beal en la segunda década del siglo pasado.



IV

DE LA AGRICULTURA DE SECANO AL REGADÍO CONTEMPORÁNEO

Si por algo se caracteriza el clima de la zona es por la escasez de lluvias a lo largo del año. Lluvias, además, que suelen venir concentradas en el tiempo en unos pocos días principalmente a final de verano y en primavera, en muchos casos singularizadas por lo torrencial de la precipitación. Así, los cultivos se dieron siempre en torno a la existencia de fuentes bien conocidas desde antiguo.

La Edad Media y Moderna se caracteriza por la peligrosidad del entorno y la consecuente despoblación casi absoluta de las costas. Mención aparte merece el aprovechamiento de las plantas endémicas, como las barrillas, utilizadas para jabón o el vidrio, o el lentisco, conocido por las propiedades medicinales de su resina.

Sólo a partir del siglo XVIII se ponen en explotación algunos secanos, y aparecen o cobran nuevo impulso unos pocos enclaves rurales del sector meridional del Mar Menor, como El Algar. El poblamiento rural es un proceso muy lento en la zona. El campo, antes del desarrollo turístico de mediados del siglo XX, se compone de determinados cultivos de secano, que alterna cereal y arbolado, principalmente algarrobo con pocos almendros u olivos. Donde existe un pozo aparece una pequeña huerta, básicamente dedicada al autoconsumo.

Es a finales del siglo XX cuando, contagiado por el modelo agrícola que surge gracias al Trasvase Tajo-Segura, se extiende esta forma de cultivo industrial por los campos marmenorenses. Gracias al agua extraída con maquinaria desde los niveles freáticos, bien desalada o bien de depuradora, almacenada en gigantescas balsas, las tierras son regadas en extensión y enriquecidas artificialmente con abonos y nitratos. Se usan ampliamente máquinas que transforman del todo el campo y el modelo productivo. Donde antes había secano y bancales hoy se plantan hortalizas y cítricos. El paisaje cambia por completo. Y sus repercusiones en el medio ambiente se hacen notar.

En una tierra caracterizada por la acusada escasez de precipitaciones, el devenir histórico hizo que la agricultura de secano no hiciese una aparición más o menos relevante hasta el siglo XVIII. El caserío de Las Covaticas, en el Parque de Calblanque, recuerda cómo pudo ser el hábitat en aquellos tiempos.



No obstante de la aridez del clima eran conocidas desde antiguo diferentes fuentes de agua dulce en la zona. Por ejemplo, en la zona de Los Triolas, en Cabo de Palos, perviven aún los pozos que suministraban agua al caserío, a los ganados y a las pequeñas huertas.



La existencia en las Amoladeras de un yacimiento arqueológico de época prehistórica no es casual. Ni su actividad agrícola tampoco, ya que hasta hace pocas décadas las fuentes de la zona regaban pequeños bancales. Aún se pueden ver, muy maltrechos, restos de esta infraestructura hidráulica tradicional de época contemporánea.



Existen cientos de molinos de viento en el Campo de Cartagena. Los dedicados a las tareas agrícolas normalmente extraen agua para el riego o bien muelen cereal. El de los Luengo, en el Algar, recientemente restaurado, eleva el líquido a una alberca para desde allí llevarlo al campo.



Durante la Edad Media y Moderna, la peligrosidad del territorio impedía el asentamiento estable. Así la ganadería constituyó la principal actividad económica de todo el antiguo Reino de Murcia. En los campos del Rincón de San Ginés ya es poco frecuente ver a los rebaños pastar en los saladares.



La agricultura industrial se ha abierto paso en los campos aledaños al Mar Menor en las últimas décadas. Se trata de una actividad muy tecnificada y rentable. De forma paradójica, el regadío se extiende sin límite en un clima extremadamente árido.



Las hortalizas son el principal producto, junto a los cítricos, del moderno regadío en el Campo de Cartagena. Este modelo agrícola ha transformado totalmente el espacio natural y, en consecuencia, el social. Por lo tanto, el Paisaje Cultural ha sido modificado por completo.



La expansión del regadío parece imparable. Los campos en torno a las antiguas explotaciones mineras, donde aún son visibles los vertidos de estériles, son labrados y cultivados, abonados y regados con maquinaria industrial.



La singularidad del lugar y lo atractivo de sus recursos naturales, ya condujo a los primeros grupos humanos a establecerse en la zona. Y así, con mayor o menor intensidad, todas las civilizaciones que pasaron por el Mediterráneo Occidental dejaron, de una u otra manera, su impronta en las costas del sureste peninsular.

De ahí que no es de extrañar la abundancia de yacimientos arqueológicos en la zona, tanto terrestres como subacuáticos. Se trata de testimonios materiales que demuestran también la relación del Ser Humano con el Medio Natural, como forjadores de un paisaje cultural único.

Cueva Victoria

El cabezo de San Ginés, o Monte Miral, constituye una elevación realmente especial en la zona. Desde sus alturas se otea la Sierra de Cartagena, Cabo de Palos y toda la inmensidad del Mar Menor. Aquí la presencia humana se distingue por su continuidad desde las huellas más antiguas conocidas. Por eso no es de extrañar que en la ladera sur, en la llamada Cueva Victoria, en el yacimiento paleontológico que lleva este nombre, se hallaran restos humanos de un Homo erectus, posiblemente uno de los primeros humanos que pasaron de África a Europa, con una antigüedad de 1.200.000 años.

Asentamientos prehistóricos y de Antigüedad

La cercanía al mar y las actividades relacionadas con la pesca son las que marcan precisamente la existencia de los yacimientos arqueológicos prehistóricos en la zona. Destaca, por ejemplo, el de la Cueva de los Mejillones, cerca de los Belones, cuyos restos más antiguos se han datado en el Paleolítico Superior, precisamente cuando se piensa que se dieron las primeras navegaciones, hace entre 15.000 y 8.000 años. Pero sin duda los yacimientos más importantes de la zona datan ya de la Edad del Cobre (3000 al 1700 a. de C.). y son los de Calblanque y las Amoladeras. Ambos están situados en espacios lacustres cercanos al mar y con presencia de agua dulce, y presentan restos de cabañas circulares, concheros, cerámica y utillaje de sílex.

Se supone que su base de subsistencia estaría relacionada con la pesca, el marisqueo, la caza y la recolección.

También destacan los yacimientos de época romana, especialmente los relacionados con la producción de conservas de pescado (el garum). Existen algunos poco documentados en torno a Cala Reona, Cabo de Palos o la zona de los Triolas (cerca de las salinas de Marchamalo). Sin duda el más monumental es la llamada villa del Castillico en el Mar Menor (en Villas Caravanning).

El Patrimonio Cultural Subacuático

El cabo de Palos constituye un hito geográfico de primera magnitud para todas las rutas marítimas que circulan por el Mediterráneo Occidental desde los tiempos más remotos. Así, y dado lo peligroso de su paso, jalonado de islas y peligrosos bajos, nos encontramos con innumerables barcos hundidos en los fondos marinos circundantes. Destacan entre todos ellos, por su abundancia y por el tipo de carga (ánforas y plomo), los romanos, especialmente de época republicana. Se sitúan principalmente en los más conocidos bajos en torno a Cabo de Palos y las Islas Hormigas, o bien hacia los pasos de la Isla Grosa o las antiguas golas del norte de La Manga.

Por su antigüedad y variedad de carga pero, sobre todo, por ser objeto de una sistemática excavación arqueológica subacuática en la primera década del siglo actual, sobresale el pecio fenicio del Bajo de la Campana. Los lingotes de metal, las defensas de elefante, y la diversidad de los productos manufacturados que carga en su bodega, constituyen elementos imprescindibles para entender la época de las colonizaciones antiguas y su devenir posterior.

En suma, el Patrimonio Cultural Subacuático se constituye en un bien de la Humanidad protegido por todas las modernas leyes internacionales.

El monasterio y las ermitas de San Ginés de la Jara

El monte Miral (quizá del catalán mirall: atalaya) o cabezo de San



EL PATRIMONIO PALEONTOLÓGICO Y ARQUEOLÓGICO

Ginés se yergue como testigo de la presencia humana en el entorno marmenorense. Las ermitas se sitúan escalonadamente en la falda oriental del monte hasta llegar a sus estribaciones, donde se encuentra el cenobio.

Como la historia del propio santo, el origen del monasterio de San Ginés y sus ermitas se mezclan muy frecuentemente con la leyenda. Los orígenes del cenobio podrían incluso remontarse a los siglos VIII o IX, y pervivir bajo culto mozárabe durante época islámica.

Sí que parece documentada su refundación en el siglo XIII, bajo patrocinio de Alfonso X el Sabio, cuando la costa murciana queda en vanguardia fronteriza castellana ante el Islam. Por consiguiente, en un espacio despoblado, presenta más la imagen de una fortificación. Perviviría con mayor o menor esplendor, y con muchas reformas, hasta las Desamortizaciones del siglo XIX, cuando pasa a manos privadas.

Abandonado completamente en las últimas décadas del siglo pasado, tanto el monasterio como las ermitas han sido objeto de recientes intervenciones para intentar frenar su ruina.

Fortificaciones y baterías costeras

La característica principal de la zona durante la Edad Media y muy buena parte de la Moderna es la de constituirse en un espacio de frontera. Así, la despoblación es la principal característica del territorio. El propio monasterio de San Ginés de la Jara aparece como un edificio fortificado, donde predomina una fuerte torre para refugio de monjes y pastores ocasionales cuando los corsarios berberiscos hacían sus frecuentes desembarcos en calas y fondeaderos abandonados.

Para asegurar el territorio, en el siglo XVI se construyen las torres costeras en el litoral murciano y en otros territorios costeros dependientes de la Monarquía Hispánica. Como parece lógico la primera en

construirse es la de Cabo de Palos, la más importante de la zona. Le seguirán las del Estacio, La Encañizada y la de Portmán. Todas ellas, dotadas de artillería y mantenidas gracias a la actividad pesquera, se encuentran hoy desaparecidas.

La construcción militar se reactiva ya a finales de la década de 1920, cuando un despliegue defensivo destinado a la fortificación de Cartagena elegirá cabo Negrete para establecer sus baterías, con las impresionantes piezas artilleras de 381 mm en el monte de las Cenizas y las de menor calibre en La Chapa.

El faro de Cabo Palos y el de la Hormiga

Si existe un edificio que influye aún en todo el paisaje cultural del Rincón de San Ginés (y aún más allá), éste es sin duda el faro de Cabo de Palos. Su origen se remonta a una planificación general de alumbrado y señalización de las costas españolas que echa a andar en la segunda mitad del siglo XX. Para percibir que durante más de un siglo es, en líneas generales, la única construcción digna de consideración en todo el territorio, y para remarcar la débil presión demográfica en la zona, sólo hay que mencionar que la calle que vertebra el actual núcleo urbano de Cabo de Palos se llama Subida al Faro.

Para señalar los islotes y bajos que amenazan a la navegación frente al cabo, se construye también en las mismas fechas el faro de la Hormiga. Una trágica borrasca lo desmantela poco después, y es sustituido por el actual edificio, preparado para resistir mejor las fuertes tormentas de la zona.

Cueva Victoria

Cueva Victoria, en la ladera del Cabezo de San Ginés, en la diputación cartagenera de El Beal, es un yacimiento paleontológico clave para el estudio del pasado. Se ha hallado un importante depósito fósil de fauna del Pleistoceno Inferior. También se excavaron restos de lo que podría ser un homo erectus que vivió en la zona, datado en 1.200.000 años.



Durante los últimos años, las antiguas poblaciones mineras vienen reivindicando la conservación y puesta en valor de su extenso patrimonio cultural y natural. El turismo que llega a la zona y busca algo más que sol y playa puede tener en este un objetivo de primer orden.



Asentamientos prehistóricos y de la Antigüedad

El yacimiento eneolítico de Las Amoladeras, junto a otros de similar cronología en la costa cercana, revelan la ocupación del lugar por el ser humano desde tiempos remotos. En pleno núcleo turístico, este enclave aúna perfectamente los valores medioambientales y culturales existentes.



El yacimiento arqueológico de El Castillico, a orillas del Mar Menor, frente a Villas Caravanning, constituye un excelente ejemplo de la actividad económica en la zona en época romana. Se trata de una pileta dedicada a la producción de salazones de pescado que forma parte de un complejo edificado más extenso.



Cala Reona y sus alrededores albergan varios yacimientos arqueológicos conocidos de época romana. Quizá el más interesante es subacuático: un pecio de época tardorromana o bizantina que fue excavado y documentado a finales del siglo XX.



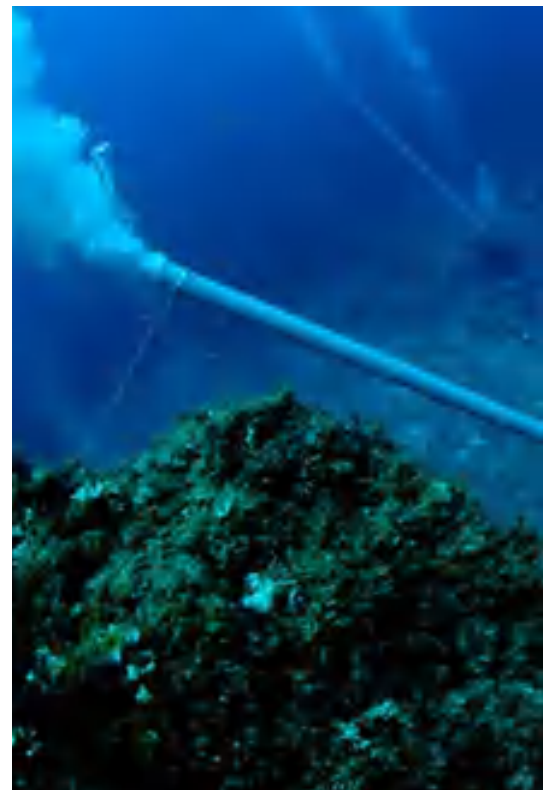
También a orillas de Cala Reona es posible observar algunos indicios que pueden estar relacionados con actividades acuícolas, quizá en época romana tardía, como por ejemplo algunas piletas excavadas a la orilla del agua.



El Patrimonio Cultural Subacuático



El desarrollo del buceo autónomo a partir de la segunda mitad del siglo XX abrió para la arqueología un extenso campo de estudio, el subacuático, de muy amplias perspectivas para el conocimiento de nuestro pasado. (Fotografía: Juan Pinedo).



Los yacimientos arqueológicos subacuáticos documentados son muy numerosos en la zona. Sin embargo, son escasos los que han sido objeto de una excavación científica amplia. No es el caso del Bajo de la Campana, en las cercanías de isla Grosa, donde destacan los restos de un mercante fenicio que naufragó hacia finales del siglo VII a. de C. (Fotografía: Juan Pinedo).



Del cargamento del barco del Bajo de la Campana destaca el lote de defensas de elefante africano. Estos colmillos presentan inscripciones en alfabeto fenicio.

El monasterio y las ermitas de San Ginés de la Jara

El monasterio de San Ginés de la Jara es, sin duda, el referente tradicional en la zona: el enclave religioso que le ha dado nombre a todo el territorio. De orígenes medievales, su historia mezcla realidad y tradición. Hasta bien entrada la Edad Moderna, constituyó un punto de refugio para pastores o pescadores ante los frecuentes ataques de piratas norteafricanos.



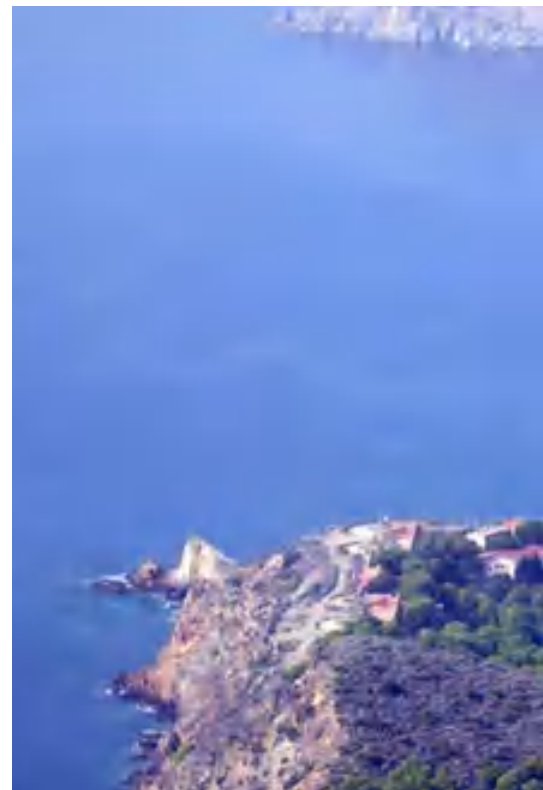
Los eremitorios del Cabezo de San Ginés (o monte Miral), cerca del monasterio, son uno de los ejemplos más antiguos y más maltrechos de arquitectura religiosa medieval en la Región de Murcia.



Fortificaciones y baterías costeras



Hacia la segunda mitad del siglo XVI surgen en la zona oriental del Campo de Cartagena algunos intentos de repoblación. Tal es el caso de la llamada Torre del Negro, una fortificación que daba seguridad a una pequeña explotación agropecuaria muy cercana al Mar Menor.



En las primeras décadas del siglo XX se establecieron en cabo Negrete, casi en el extremo oeste del actual Parque Natural de Calblanque, una serie de baterías artilladas que formaban parte del despliegue defensivo destinado a la protección de la Base Naval de Cartagena. Los emplazamientos antiaéreos, la batería de Cenizas, y la de La Chapa, junto al faro de Portmán, constituyen hoy un espectacular ejemplo de patrimonio militar del siglo XX.



En casi toda la costa se pueden observar vestigios del pasado militar de la zona. No solo las impresionantes baterías, sino también los reflectores destinados a iluminar los buques enemigos durante la noche, como este de Calblanque.

El faro de Cabo Palos y el de la Hormiga



El faro de Cabo de Palos, construido en la segunda mitad del siglo XIX, es sin duda el edificio más característico de todo el paisaje marítimo del entorno. Emite una luz blanca en grupos de dos destellos cada 10 segundos.



Para señalar el peligro que para la navegación suponen los islotes y bajos existentes ante Cabo de Palos, se construyó a mediados del siglo XIX un faro en La Hormiga, destruido por un temporal muy poco después. En su lugar se levantó un faro de tormentas actualmente del todo automatizado.



Vinculada al faro, a comienzos del siglo XX se estableció muy cerca la estación radio-telegráfica de Cabo de Palos, popularmente conocida como "la Telegrafía". Hoy, abandonada, espera su declaración como Bien de Interés Cultural.

VI

EL TURISMO Y SU HUELLA ARQUITECTÓNICA

En la tercera década del siglo XX, y al amparo de pequeños enclaves pesqueros, están ya consolidados determinados lugares de veraneo, como Cabo de Palos, objetivo de las clases más adineradas principalmente de Cartagena, o bien Los Nietos, en el Mar Menor, de gentes algo menos acomodadas. Mediada la centuria, las vacaciones estivales cobran importancia para las familias españolas. Y así, las que se lo pueden permitir, van construyéndose sus segundas residencias a la orilla de la playa. En un principio, predomina una arquitectura tradicional, no muy diferente a la utilizada décadas atrás. Son chalés, con grandes terrazas porticadas y patio, en los que normalmente sobresale una torre que alberga una habitación con vistas al mar. Son muchos los ejemplos de este tipo de mansión que existen en Cabo de Palos. Quizá, por conocido y antiguo, destaque el chalé de los Celdrán, arquetipo en su momento de vivienda veraniega que sirve de inspiración a otras del entorno. Sin embargo, antes de que acabe la década de los Cincuenta, la modernidad arquitectónica se cuela en las costas murcianas. Un ejemplo de los más antiguos es el chalé de los Ródenas, también en la Playa de Levante, cuyo diseño se debe a Enrique Sancho, y que constituye aún una excepcional muestra de la vanguardia arquitectónica murciana.

Los orígenes urbanos de La Manga

Poco después, en los años sesenta del siglo XX, y gracias a la política nacional que impulsa el turismo en las costas mediterráneas españolas, el promotor Tomás Maestre encarga al prestigioso arquitecto catalán Bonet Castellana el plan director para urbanizar La Manga, hasta entonces desierta. Diseña una planificación urbana basada en núcleos urbanos casi independientes a determinados intervalos de La Manga, donde conserva amplios espacios vírgenes. Es, realmente, una idea de colonización de un lugar hasta entonces inhabitado, muy relacionado incluso con la exploración espacial de la época y los diseños futuristas del establecimiento humano en otros planetas.

Sin embargo, la crisis económica y política de finales de los setenta dará al traste con un modelo determinado, donde se tenía muy en

cuenta la calidad de vida de habitantes y veraneantes. A partir de entonces el descontrol urbanístico se apodera de La Manga, y se deja repercutir en otros pequeños pueblos del Mar Menor. Cuando parece que no puede ir a peor, la burbuja inmobiliaria de los primeros años del siglo XX, expande su acción por los pocos espacios naturales o cascos urbanos tradicionales que habían sobrevivido al frenesí del hormigón de las décadas anteriores.

La modernidad en la costa

En algunos lugares, las vanguardias arquitectónicas habían hecho su aparición tímidamente. Pero es la planificación de Bonet Castellana para La Manga la que introduce de lleno a la costa murciana en la modernidad constructiva durante los últimos años de la década de los sesenta y los primeros de la siguiente. Es precisamente este arquitecto el que diseña las primeras construcciones de La Manga, como la Torre Negra o los Apartamentos Malaret. Otros arquitectos de prestigio participan en estos años en el diseño y la construcción de urbanizaciones y hoteles. Destacan, por ejemplo, Corrales y Molezún, que se centran principalmente en el área que luego sería Plaza Bohemia. A ellos se deben el Hotel Galúa, los Bungalows o la Torre Navarra.

Por desgracia, la mayoría de las construcciones que vienen las décadas siguientes ya no fijan la vanguardia de la época. Y, lo peor, han desvirtuado edificaciones más antiguas que podrían haber ofrecido una enorme calidad paisajística a la zona.

Los orígenes urbanos de La Manga

Las primeras viviendas de veraneo de las pudientes familias normalmente cartageneras o murcianas, se establecieron en Cabo de Palos en las primeras décadas del siglo XX entre la playa de Zeneta y la de la Barra. Hoy podemos ver algunas de aquellas antiguas casas en ambos paseos.



También fueron frecuentes las viviendas estivales en la Subida al Faro, como Torremocha, hoy testigo abandonado de la arquitectura vacacional en Cabo de Palos.



Algunas familias también eligieron el Mar Menor como enclave de ocio, especialmente ya a partir de la segunda mitad del siglo XX. Uno de los primeros ejemplos de este periodo aún en pie es esta vivienda con su característico porche en El Vivero.



Ya en los años 30 del siglo XX, Los Nietos era un destino vacacional plenamente consolidado. Hoy son muy escasos los ejemplos de este modelo arquitectónico que han llegado hasta nuestros días, como esta pequeña vivienda en el paseo marítimo de la localidad.



La modernidad en la costa

A partir de la segunda mitad del siglo XX, la modernidad arquitectónica se abre paso en la costa. Uno de los primeros ejemplos es la casa de los Ródenas, en la playa de Levante de Cabo de Palos.



Junto a la Torre Negra, al otro lado de la Gran Vía de La Manga, Bonet Castellana diseña en los años 60 del siglo XX los apartamentos Malaret. La vanguardia cobra forma.



Junto a la Torre Negra y el Complejo Exagonal, otros arquitectos construyen al principio de La Manga. Se levanta la Torre Varadero y el complejo Progalesa. También el hotel Entremares. Los edificios más emblemáticos avanzan hacia el norte de La Manga: la Torre Zeus, la Torre Mangamar (o torre de los Millonarios), la Torre Navarra y el Hotel Galúa.







El Hotel Galúa, cuyo diseño se debe a los prestigiosos arquitectos madrileños Corrales y Molezún, se concibe como el atractivo turístico más importante hacia la mitad de La Manga, en lo que luego será la Plaza Bohemia.



Junto a los Apartamentos Malaret, y frente a las Salinas de Marchamalo, se construyen al principio de La Manga los conocidos como Cubanitos.



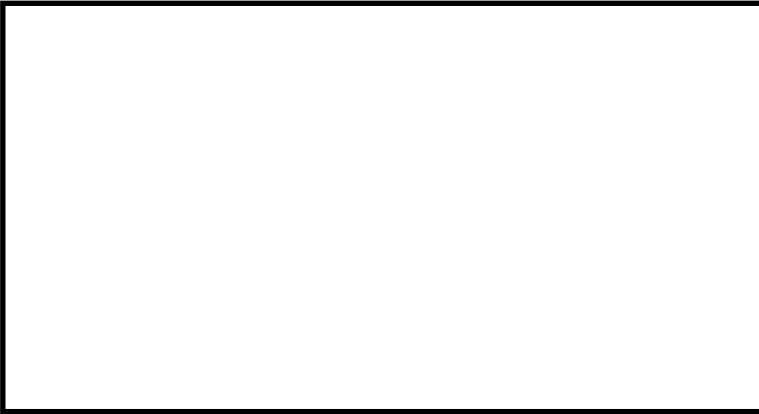
La crisis de los años 70 dio al traste con la planificación urbana concebida por Bonet Castellana. Comienza entonces en La Manga el descontrol urbanístico que ha llegado a nuestros días.

A comienzos de los años 70, el golfista y empresario norteamericano Gregory Peters impulsó la construcción de un complejo turístico muy exclusivo dedicado a la práctica del golf. Desde entonces continúa siendo un referente mundial en este deporte.



En torno a los años setenta y ochenta del siglo XX, y para atender a los feligreses que ya son muy numerosos especialmente en los meses estivales, comienzan a construirse nuevas iglesias en la zona. Por ejemplo, la de Los Urrutias.





En el sureste del Campo de Cartagena encontramos varios paisajes naturales protegidos con diferentes figuras de protección que a veces se solapan y que, con frecuencia, están descritas dentro de una ley que no se desarrolla. En cualquier caso, solo parece que la demanda turística conduce necesariamente a una protección que ya resulta inevitable. Así, en esta zona podemos observar paisajes naturales diferentes que por sus características singulares de flora, fauna, geomorfología o testimonios arqueológicos están clasificados en diferentes categorías según la Ley 42/2007 del Patrimonio Natural y de la Biodiversidad:

- Paisaje protegido: Espacios abiertos e islas del Mar Menor
- Parque Regional de Calblanque, Monte de las Cenizas y Peña del Águila
- Áreas marinas protegidas: Reserva Marina de Cabo de Palos e Islas Hormigas

El Mar Menor. Las Amoladeras y las Salinas de Marchamalo

El Mar Menor, como espacio natural, engloba la laguna salada costera más importante de todo el Mediterráneo Occidental e incluye los humedales asociados a ella (La Hita, Carmolí, Lo Poyo, Marchamalo y Amoladeras), sus islas (Perdiguera, Barón, Ciervo, Redonda y Sujeto), así como los cabezos de su entorno (Carmolí, San Ginés y Sabinar).

La Directiva de Hábitats que implanta la Red Natura 2000 para conservar la biodiversidad reúne las Zonas Especiales de Conservación (ZEC); se integran también las ZEPA (Zonas de Especial Protección para las Aves). El Mar Menor está incluido en la lista del Convenio Ramsar para la protección de aves acuáticas que están presentes en el entorno (como el chorlito patinegro o la cigüeñuela). También es ZEPIM (Zona Especialmente Protegida de Interés para el Mediterráneo).

Entre las comunidades vegetales que pueden considerarse como características de la ribera del Mar Menor aparecen los carrizales, los saladares, las estepas salinas, las dunas y los arenales, (como en Las Amoladeras), además de los matorrales de las islas y cabezos (como los cornicales, los sabinares y los palmitares). Además, cuenta con nueve tipos de hábitats de interés comunitario, donde con carácter prioritario se encuentran las lagunas litorales, las estepas salinas y las zonas subestépicas de gramíneas y anuales. En este paisaje se incluyen los espacios protegidos de Red Natura 2000 cercanos a las Salinas de Marchamalo. Suma también una pequeña zona dedicada al cultivo de secano, donde se pueden observar aves esteparias asociadas, y una actividad ganadera residual.

Respecto a la fauna, el fartet (*Aphanius iberus*) es la única especie que figura como prioritaria del Anexo II de la Directiva Hábitats, pero gracias a varios proyectos conservacionistas, esta especie vive una transición hacia su recuperación. Actualmente se puede observar en los canales de conducción de agua que alimentan las balsas de las salinas de Marchamalo.

Parque Natural de Calblanque, Monte de las Cenizas y Peña del Águila

Sobre este espacio natural además coinciden lugares de la Red Natura 2000, como son la ZEPA del Mar Menor que afecta a las Salinas del Rasall, debido a su alta biodiversidad en aves acuáticas, y el LIC ES6200001 de Calblanque, Monte de las Cenizas y Peña del Águila, debido a la rica flora y gran número de endemismos termófilos que aquí se presentan.

Por otra parte, la zona de baño de las playas se encuentra afectada por otro lugar de la Red Natura 2000, concretamente el LIC de la "Franja litoral sumergida de la Región de Murcia". Actualmente, el acceso al tráfico rodado está restringido en verano, una medida que

disminuye las agresiones que ocasiona el turismo.

Reserva Marina de Cabo de Palos e Islas Hormigas

Esta reserva marina se creó en 1995. El perímetro de la reserva integral comprende la Isla Hormiga, El Bajo, El Mosquito y los islotes de El Hormigón y La Losa. Constituyen una ZEPA, dado que una especie amenazada (el paño europeo) nidifica en sus cavidades. Cualquier actividad en esta zona está prohibida, y solo pueden realizarse muestreos científicos y pesca profesional con una autorización previa. El buceo autónomo solo puede practicarse fuera de esta zona y también requiere de autorización. Además, existe un cupo de inmersiones y embarcaciones al día. Gracias a esta gestión, la Reserva goza de unos fondos marinos de gran biodiversidad, que hace que sea una de las reservas más visitadas del continente europeo. Y no solo se beneficia al sector de turismo, ya que la protección de estos fondos repercute en una mejora de las pesquerías. De esta forma, se consigue que los pescadores puedan mantener sus artes tradicionales y se potencie la sostenibilidad de su actividad.

El Mar Menor.

Las Amoladeras y las Salinas de Marchamalo

El paisaje protegido de los Espacios Abiertos e Islas del Mar Menor incluye los humedales aledaños a la gran laguna salada, las islas de su interior y los cabezos de su entorno. No obstante, la conservación de este espacio único no atraviesa actualmente sus mejores momentos.



La acción humana en el último medio siglo ha transformado por completo el paisaje marmenorense. Visiblemente, la expansión urbanística y la intensiva agricultura industrial son dos factores que presionan enormemente sobre un ecosistema ya muy debilitado.



Precisamente la mitad sur del Mar Menor resulta en los últimos años la más perjudicada, ya que a la afectación provocada por la agricultura industrial y la expansión urbanística hay que sumarle el aporte de residuos que provocan los grandes depósitos mineros de la zona.



Las Amoladeras debe posiblemente su nombre a los numerosos molinos de piedra que se hallaban en la zona, provenientes del yacimiento arqueológico datado al final del neolítico. Sus dunas también conservan una biodiversidad única, ya casi en un espacio urbano entre Cabo de Palos y La Manga.



Las Salinas de Marchamalo constituyen hoy un valiosísimo espacio natural que contrasta con el agresivo urbanismo de La Manga. Su conservación está regulada por diferentes figuras de protección legal. No obstante, el peligro de degradación y urbanización en los alrededores es constante.



Hace unos años, las Salinas de Marchamalo fueron objeto de una actuación para su mantenimiento que, no obstante, fue muy limitada. Sus charcas y acequias son un valioso reducto para el hábitat del fartet.



Parque Natural de Calblanque, Monte de las Cenizas y Peña del Águila

El Parque Regional de Calblanque, Monte de las Cenizas y Peña del Águila fue el primer espacio natural costero legalmente protegido en la Región de Murcia. La afluencia de visitantes a sus playas en verano es tal que, afortunadamente, las autoridades han implantado un eficaz sistema de autobuses lanzadera para evitar la saturación de tráfico rodado.



El Parque de Calblanque alberga también un gran humedal: las antiguas salinas del Rasal, hoy sin actividad comercial. Son un hábitat de extraordinario valor para, entre otras, diferentes aves, especialmente visibles en primavera.



Reserva Marina de Cabo de Palos e Islas Hormigas

En 1995 se crea la Reserva Marina de Cabo de Palos-Islas Hormigas. Es un espacio de unos 20 km² que se extiende desde la Punta del Cabo hacia las aguas exteriores de Las Hormigas.



El turismo generado por el buceo recreativo, atraído por la espectacularidad de los fondos de Cabo de Palos, se ha convertido en una de las principales actividades económicas de la zona.



Las restricciones a la pesca en la Reserva son bien visibles en el tamaño que llegan a alcanzar algunos ejemplares de peces muy longevos, como por ejemplo los meros.



La Reserva Marina es un excelente ejemplo de cómo la conservación del medio ambiente revierte en la calidad de vida de los habitantes de la zona.





En pleno temporal otoñal
se empezaron a maquetar
las primeras páginas de este libro.

Las prisas y la premura
no fueron impedimento para
dedicar las horas necesarias
para dar forma a este proyecto.

Se utilizó la tipografía DINPro
para los textos que dan explicación,
si cabe, a este maravilloso rincón
Mediterráneo.

Se maquetó en un viejo Apple
MacPro con Adobe Indesign
en el estudio de Creactiva.

Reuniones, un sin fin de llamadas
y una bandeja repleta de e-mails
se convirtieron en nuestra forma
de vida durante semanas para
acabar manchando un papel
Creator Silk de la mano de los
maestros impresores de QDH.

**Ahora te corresponde a tí conservar
este maravilloso entorno para
que las generaciones futuras
puedan disfrutarlo al igual que
lo haces hoy tú.**

BIBLIOGRAFÍA:

DOMÍNGUEZ, J.L.: De Cabo de Manga, ed. Edlibrix. 2016

GÓMEZ VIZCAÍNO, J.A.: Pueblos de Cartagena, ed. Corbalán, 2003

<http://www.archivofotograficodelamanga.com/>

https://www.cartagena.es/barrios_diputaciones.asp

<http://www.murcianatural.carm.es/web/guest>

<http://www.regmurcia.com/>